



# *9° Symposium international de Joséphologie*

*à Kevelaer du 25.09 au 2.10.2005*

Conférence en espagnol du  
Dr. Luis Fernandez de Eriba Zulueta  
de Sigüenza, Espagne

[l.fernandez@murialdo.net](mailto:l.fernandez@murialdo.net)

*"San Jose en la Historia de la Salvacion  
segun la Mistica Ciudad de Dios (1670)  
de Maria de Jesus de Agreda"*

\* \* \* \* \*



IX. Internationale Symposion über den heiligen Josef wird vom  
25. September bis zum 2. Oktober 2005 in Kevelaer

### San José en la Historia de la Salvación según la Mística Ciudad de Dios (1670) de María de Jesús de Ágreda.

Dr. Luis, Fernández de Eribe Zulueta

#### Introducción

**M. de Ágreda** (1602-1665) Muchos elementos de la vida de María de Jesús de Ágreda (María Fernández Coronel), pueden parecer espectaculares. Escritora brillante y fácil, expositora de temas objeto de debate técnico o teológico del momento y envuelto en grandes contrastes, es consciente de ello e intenta huir del mismo presentándose como mujer y con otros fines en su obra. Llegó a ser consejera política en su tiempo, incluso misionera por bilocación que según testimonios llegados desde Méjico logró evangelizar con éxito y sin haber salido de su celda, “un mundo en una celda”. Un contraste en su misma vida nos muestra como fue mujer de su tiempo: por una parte, monja concepcionista franciscana que nunca abandonó la clausura, y por otra, asociada espectacularmente, al estilo del aparato barroco, al asesoramiento de la política regia mediante una correspondencia<sup>1</sup> confidencial e influyente<sup>2</sup> desde una perspectiva providencialista y espiritual con Felipe IV durante más de veinte años, con numerosas visitas recibidas de personajes ilustres<sup>3</sup>, un epistolario significativo, con un voluminoso escrito místico sobre la Virgen María, con fenómenos místicos y evangelizadores<sup>4</sup> poco normales. Ella se dice “soy mujer ignorante y me valgo de

<sup>1</sup> Z. ROYO, *Una monja y un rey*, Celtiberia 15(1965), número conmemorativo del III centenario de la muerte de Sor María de Jesús de Ágreda, 23-39.

<sup>2</sup> Son 614 cartas entre 1643 y 1665, cfr. J. PEREZ VILLANUEVA, *Sor María de Ágreda y Felipe IV: un epistolario en su tiempo*, en R. García-Villoslada, *Historia de la Iglesia en España IV, La Iglesia en la España de los siglos XVII-XVIII*, BAC Maior 19, Madrid 1979, p. 359-417.

<sup>3</sup> F. ZAMORA, *La Madre Ágreda y su convento (Correspondencia y visitantes)*, Celtiberia 15(1965) 7-22.

<sup>4</sup> I. OMAECHEVARRÍA, *La madre Ágreda entre los indios de Texas*, Celtiberia 15(1965) 41-75.

lo que he oído<sup>5</sup>” Esta mujer “recogida” fue discutida en su tiempo y después, ante el Santo Oficio, ante la Inquisición, ante comisiones de teólogos, incluso ante los mismos papas influenciados alternativamente por escuelas teológicas asociadas a los reinos nacionales, y actualmente ante la valoración de su santidad, todavía bloqueada.

Esta aportación no quiere entrar específicamente en aportar claves para el proceso o causa de santidad, ni entrar en un debate teológico. En conexión con cierto renombre que ha adquirido la madre Ágreda, la “Dama azul de los llanos”, junto a la recientemente beatificada Anne Catherine Emmerich (1774-1824) en la película de “la Pasión de Cristo”, de Mel Gibson, quisiera detenerme particularmente en la presencia de san José en la Mística Ciudad de Dios<sup>6</sup> y considerar su método narrativo aproximando a la Historia de Salvación, que la Biblia nos presenta, con algunas prevenciones propias ante un tiempo florido y en parte decadente como el barroco, con sus incomprensiones y sus intentos iluminadores.

Un elemento inicial de prevención intelectual es saber curarse de las repetidas críticas de maravillosismo a nuestra venerable, de lo que se ha escrito mucho. Los malos biógrafos se han fijado en el maravillosismo, probablemente haciendo un flaco servicio a su causa, cuando los tiempos y las claves hermenéuticas han variado con las épocas. Ya en sus primeros años de vida religiosa tuvo grandes dificultades, especialmente los fenómenos místicos o exterioridad que atraían la curiosidad de su entorno que ella buscó atemperar durante el resto de su vida.

El libro de la Mística Ciudad de Dios, Vida de la Virgen María, tiene un título íntegro que reza: *Mística Ciudad de Dios, Milagro de su Omnipotencia y Abismo de la Gracia. Historia divina de la Virgen Madre de Dios, Reina y Señora nuestra, María santísima, Restauradora de la culpa de Eva y Medianera de la Gracia, dictada y manifestada en estos últimos siglos por la misma Señora a su esclava Sor María de Jesús, Abadesa indigna de este convento de la Inmaculada Concepción de la villa de Ágreda, para nueva luz del mundo, alegría de la Iglesia Católica y confianza de los mortales*. El libro tuvo una azarosa redacción. Fue primero concebida en 1627, esto es, nueve años después de convertirse en monja. Diez años más tarde, por orden expresa de su confesor, se puso a trabajar en el proyecto, y en veinte días escribió la primera parte, consistiendo en cuatrocientas páginas. Aunque era su deseo evitar su publicación, se envió una copia a Felipe IV. Más tarde, en obediencia a otro confesor, lo arrojó al fuego junto con todos sus otros escritos, sin ninguna repugnancia aparente. Una tercera orden de un director espiritual en 1655, hizo que empezara de nuevo, y en 1660 terminó el libro. Sin embargo no fue publicada hasta cinco años después de su muerte en 1665.

La publicación *princeps* apareció cinco años después de su muerte (Villadiego<sup>7</sup>, en Madrid 1670) y fue aprobada por la Inquisición española en 1686, y en 1681 por la Suprema Inquisición de Roma. Fue un libro debatido en las Universidades españolas, en la Sorbona, y en Roma, giró entorno al debate immaculista y entre las órdenes religiosas (tomistas y escotistas), llegando a concretarse en una encendida pugna entre “agredistas y antiagredistas”. Como defensor de este libro Dom Guéranger<sup>8</sup> ha contribuido recientemente a alargar la atención a principios del pasado siglo.

Se han contabilizado 222 ediciones<sup>9</sup> de sus obras, en particular son 168 de la “mística ciudad de Dios”, y 267 estudios. Ha sido traducida, bien completa, bien en extractos, al francés, italiano, latín, alemán,

---

<sup>5</sup> 1,3,25.

<sup>6</sup> Fuente: MARÍA DE JESÚS DE ÁGREDA, *Mística Ciudad de Dios. Vida de María*, Introducción y edición a cargo de Celestino Solaguren y otros, edita MM. Concepcionistas de Ágreda (Soria), Madrid 1992 (reimpresión de la ed. de 1970).

<sup>7</sup> 1ª edición. Madrid. Bernardo de Villa-Diego, 3 vols. En fol. Con 2 lám. A partir del ms. Original, 8 tomos en el convento de Ágreda.

<sup>8</sup> DOM GUERANGER, *La mystique cite de Dieu, Univers* (1858-59) en una serie de 24 artículos.

<sup>9</sup> J.A. PÉREZ-RIOJA, *Proyección de la Venerable María de Ágreda*, (Ensayo para una bibliografía de fuentes impresas), Celtiberia 15(1965) 77-122, sistemación bibliográfica hasta 1965: catalogación de las ediciones y los

flamenco, polaco, croata, árabe... La sorpresa de más de medio millar de referencias bibliográficas exclusivas, nos sugiere la irradiación de su figura, el entusiasmo popular por su obra, y dada la exigua cantidad de ediciones en nuestro tiempo motivado por el declive de este género de literatura no deja de sorprender que haya quince ediciones en el último siglo, cuatro en Estados Unidos y una en Méjico)<sup>10</sup>.

### **Algunas claves de comprensión de la Mística Ciudad de Dios<sup>11</sup>**

La obra comprende tres partes, de la predestinación de la Virgen hasta la Encarnación (libros 1-2), de la Encarnación hasta la Ascensión del Señor (libros 3-6), de la Ascensión hasta la Coronación de María (libros 7-8). Cada parte comienza con una introducción y, desde el capítulo 16 del primer libro concluye o con una enseñanza y una exhortación a la virtud al final de cada capítulo bajo el epígrafe de “Una doctrina que me dio la Reina del Cielo”. El sujeto de la esta historia es María, Ciudad mística en la que Dios habita y se complace. Es ella quien habla, quien narra su biografía y el significado de la acción de Dios en su persona.<sup>12</sup>

La autora se introduce con una “*captatio benevolentia*”. Aunque se tilda de mujer ignorante se dice sincera, humilde y obediente. La inspiración de la obra parte de los Evangelios sobre los cuales se apoya y se extiende más allá de los datos obtenidos y se complementa con un acercamiento simbólico y figurado como en el Apocalipsis. Esta historia la presenta como “historia divina”, mediante la cual ofrece los “sacramentos” o “misterios” recibidos de lo Alto, como revelación divina; según el título: *para nueva luz del mundo, alegría de la Iglesia Católica y confianza de los mortales*.

La importancia del género. Se trata de la narración de una vida, es un género narrativo más que doctrinal y teológico, es un tratado espiritual dirigido a sus monjas. Si la teología busca definir conceptos a partir de la Biblia, la fe popular y la evangelización recurre al género narrativo propio de la Biblia como Historia de Salvación. Este libro monumental consiste en una historia, que sobrepasa incluso el orden temporal. El plan de Dios, de salvación, inicia con la predestinación de la Virgen y la prefiguración de los misterios de la Virgen María (Cap.I), su rol universal de “Restauradora de la culpa de Eva y Medianera de la Gracia” y concluye con su Coronación en la sede de la Trinidad. Procede más que por hechos por significaciones en el tiempo de la salvación. Podríamos decir, es un metarelato.

Hay una arquitectura lógica previsible de la revelación y de los misterios, una falsilla que el avance en la lectura de este libro llegue a sorprender. Cada misterio de la vida de la Virgen María es reconstruido mediante un plan preconcebido que da hieratismo y ampulosidad a la obra. Expone “una doctrina que le dio la Virgen María” de lo cual evidencia ejemplos virtuosos y entreteje el relato con abundantes visiones y dinamismos entre el cielo divino y la tierra.

Cita a menudo los misterios o sacramentos, el sentido salvífico de los hechos, desde una óptica providencia: el misterio oculto se desvela a sus horas, puede darse incluso que sepan ya lo que va a ocurrir gracias a favores divinos particulares<sup>13</sup>. La misma explicación de lo oculto sirve a la autora para excitar la devoción a la Virgen María y la práctica de las virtudes de su Hijo. Los mismos misterios que describe, los amplía a la urgencia salvífica del presente actual, “en estos últimos siglos” dirá. La Virgen acostumbra a “renovar los misterios”, por ejemplo, quiere volver a la cueva de Belén antes de huir de Egipto para hacer

---

estudios. Se carece de una catalogación de las fuentes manuscritas. Avanza en ed. De la Mística Ciudad, Madrid 1970, p. XC-CIV; en Marianum t. 35(1973) 99-100

<sup>10</sup> Está publicada en la red de Internet en ingles: <http://www.geocities.com/Athens/Ithaca/7194/contents.html>.

<sup>11</sup> Celestino SOLAGUREN, *Introducción*, en *María Jesús de Ágreda, Mística Ciudad de Dios. Vida de María*, edita MM. Concepcionistas de Ágreda (Soria), Madrid 1992 (reimpresión de la ed. de 1970), p. XI-CV.

<sup>12</sup> J. CAMPOS, “*Marie de Jesús (D’Ágreda)*” *Dictionnaire de spiritualité*, Beauchesme Paris, 1960, vol X, col 508-513.

<sup>13</sup> Un ejemplo es la distancia temporal entre la Anunciación y el primer sueño de san José, María conoce a través de la contemplación mística lo que va a suceder y tiene orden de guardar el secreto, sigue intercediendo y sufriendo buscando el momento oportuno en que el Señor decidirá comunicarle la causa de su evidente estado de maternidad.

memoria de la Encarnación, pero sobre todo conoce y celebra después de la Resurrección de Jesucristo “todos los ritos, ceremonias, determinaciones y festividades que en la sucesión de los tiempos ordenaría la Iglesia”. (VIII,12,612). La devoción se junta con la liturgia y sin embargo queda un margen de tensión entre la celebración y la devoción, esta tiende a abarcar revelaciones privadas que la de Ágreda conoce de la Virgen y ve necesario que se conozcan dada la dificultades de la Iglesia en su tiempo<sup>14</sup> ¿Podría entenderse que esta devoción y las revelaciones personales pertenecen a un capítulo nuevo de la Historia de la Salvación?...

Se añaden a los misterios descripciones de la vida diaria de los personajes que espejan la vida de una monja de clausura: la constante oración, los coloquios, la descripción de los adornos, los vestidos y detalles pictóricos de los ambientes, describe con finura psicológica los sentimientos y la vida espiritual de los actores,

En su redacción se despliega una fuerte lógica alegórica de tipologías sobre María, entresacadas de pasajes bíblicos. A partir del dato biográfico sobre la Virgen María en los evangelios, despliega diversos enfoques: el profético del Antiguo Testamento según una lectura tipológica, el eclesial en los Hechos de los Apóstoles a través de una presencia ampliada de la Virgen María y una lectura profética anagógica del Apocalipsis.

Lo que más interesa es su lógica interna. A medida que se leen las 1495 páginas de la edición crítica se va descubriendo algunas claves. Lo apócrifo domina en el escrito pero no tiene dependencias literarias, sale de su cosecha personal a partir de la tradición y de lo que ha escuchado a entendidos y confesores. A través del elemento devocional busca reconstruir y completar con curiosidad los pasos omitidos de los personajes en el Evangelio e incluso amplía la biografía de la Virgen más allá de su nacimiento y muerte. Recordemos que ha seguido este método no sólo a partir de las significaciones que interesan a la teología<sup>15</sup>, sino también desde la tradición de la fe creyente buscando ampliar hechos más que significaciones a través de correspondencias que los datos ofrecen en la Historia Sagrada de la Biblia:

“De estos grandes sacramentos y otros muchos que sucedieron a nuestra Reina y a su esposo san José, no hicieron memoria los sagrados evangelistas, no sólo porque ellos los guardaron en su pecho, sin que la humilde Señora ni san José a nadie los manifestasen, pero también porque no fue necesario introducir estas maravillas en la vida de Cristo nuestro Señor que escribieron, para que con su fe se defendiese la nueva Iglesia y ley de gracia; antes pudiera ser poco conveniente para la gentilidad en su primera conversión. Y la admirable providencia con sus ocultos juicios, secretos inescrutables, reservó estas cosas para sacar de sus tesoros las que son nuevas y son antiguas (Mt 13,52), en el tiempo más oportuno previsto con su divina sabiduría, cuando, fundada ya la Iglesia y asentada la fe católica, se hallasen los fieles necesitados de la intercesión, amparo y protección de su gran Reina y Señora” (IV,4,413, en Apéndice II).

### **SAN JOSÉ EN LA VIDA DE LA VIRGEN MARÍA**

Tratándose de una exhaustiva Vida de la Virgen María, al modo místico: desde su preparación o previsión divina hasta la gloria del cielo, san José aparece con profusión en la obra, especialmente respecto al relato de los misterios que dependen del Evangelio. Inserta a nuestro santo en una Vida, la de la Virgen

---

<sup>14</sup> “si han llegado estos afligidos tiempos a la Iglesia, díganlo sus mismo hijos, criados a sus pechos, éstos la afligen, la destruyen y disipan los tesoros de la sangre de su Esposo, y esto con mayor crueldad que los más conjurados enemigos [...] Confieso se encierran magníficos misterios en esta ciudad de Dios y con fe viva y confesión los predicamos. Son tantos, que su mayor noticia queda reservada para después de la general resurrección y los santos los conocerán en el Altísimo. Pero en el ínterin atiendan los corazones píos y fieles a la dignación de esta su amantísima Reina y Señora en desplegar algunos de tantos y tan ocultos sacramentos por un vilísimo instrumento, que en su debilidad y encogimiento sólo pudiera alentarle el mandato y beneplácito de la Madre de piedad intimado repetidas veces”. (IV,4,413) Cf. Apéndice II.

<sup>15</sup> Nos describe su método de trabajo en IV,26,678: sabe que la suya es una obra arriesgada, no quiere entrar en debates teológicos, ni en opiniones, ni en lecturas parciales de fuentes antiguas, escribe lo que interiormente le dicta la divina luz y consulta a la “obediencia” “para tejer mejor esta historia”. Ella “da noticia de la verdad”, cfr. III,16,327.

María, que pertenece junto a la suya a la Historia de Salvación. Dice: “no pertenece al intento de esta Historia escribir de propósito las excelencias de la santidad de san José, ni yo tengo orden de hacerlo más de en los que basta generalmente para manifestar la dignidad de su esposa y nuestra Reina, a cuyos merecimientos, después de los de su santísimo Hijo, se deben atribuir los dones y gracias que puso el Altísimo en el glorioso Patriarca” (V,16,887) Respecto a san José se puede decir entonces que su figura tiene gran fuerza *funcional* respecto a su esposa: en V,16,889<sup>16</sup> presentando los detalles de la niñez y el crecimiento de San José, concluye “llegó con vida irreprochable a la edad que se desposó con María santísima” .

Realizamos una lectura total de la obra y presentamos, en forma narrativa, una síntesis de los lugares donde aparece San José.

### **Desposorio de San José**

En II, 21, 742 comienza cuando a los trece años y medio María “tuvo una visión abstractiva” mandándole que tomase el estado del matrimonio”, comparando este encargo con el mandato a Abrahán de sacrificar a su hijo Isaac. Todo ello “probando y examinando su pronta obediencia para coronarla” y contradiciendo su voto de castidad perpetua (II,2,434) o su sponsalicio con el Señor<sup>17</sup>.

La joven María vivía en el templo con otras muchachas. El anciano Simeón llega a conocimiento que por mandato del Señor desea de tomar esposo, le recuerda que como primogénita en el templo no podía salir del mismo sin haber sido entregada al estado de matrimonio. Para ello los sacerdotes resolvieron convocar a los varones libres y solteros de la ciudad el mismo día que cumplía catorce años. “Llegó el día señalado, en que dijimos cumplía nuestra princesa María los catorce años de su edad [...] y en el se juntaron los varones descendientes de la tribu de Judá y linaje de David, de quien descendía la soberana Señora, que a la sazón estaba en la ciudad de Jerusalén. Entre los demás fue llamado José, natural de Nazaret y morador de la misma ciudad santa, porque era uno de los del linaje real de David. Era entonces de edad de treinta y tres años, era persona bien dispuesta y de agradable rostro, pero de incomparable modestia y gravedad; y sobre todo era castísimo de obras y pensamientos, con inclinaciones santísimas, y que desde doce años de edad tenía hecho voto de castidad; era deudo de la Virgen María en tercer grado; y de vida purísima, santa, irreprochable en los ojos de Dios y de los hombres” (II, 22, 755)

La Virgen pide consejo al sacerdote en su falta inclinación al estado de matrimonio: “Hija mía – replicó el sacerdote -, vuestros deseos santos recibirá el Señor, pero advertid que ninguna de las doncellas de Israel se abstiene ahora del matrimonio, mientras aguardamos conforme a la divinas profecías la venida del Mesías, y por eso se juzga por feliz y bendita la que tiene sucesión de hijos en nuestro pueblo” (II,21,748)

Hay en todo ello una explicación que la Virgen da a M. de Ágreda, que incluso habla de la tristeza y desconsuelo: “Mandome su Alteza tomar estado de casada y encubriome entonces el sacramento, pero convenía para que mi parto se honestase al mundo, reputando el Verbo humanado en mis entrañas por hijo de mi esposo, porque ignoraba entonces el misterio. Fue también oportuno medio para ocultarle a Lucifer y sus demonios” (II,21,752)

M. de Ágreda recibía con ello un ejemplo dirigido coloquialmente por la Virgen, era un ejemplo de obediencia y alabanza, aunque se afligiese por la contradicción del amor a la castidad y de dar gusto al esposo, pedía aprobación a sus sacerdotes y prelados (cfr. II,21,754)

Las cualidades de san José eran la humildad y su voto de castidad perpetuo. El signo de su elección por voluntad divina fue el florecimiento de la vara y la bajada desde lo alto una paloma candidísima. (cfr. II,22,757) San José aún siendo natural de Nazaret, durante algún tiempo había estado en Jerusalén para prepararse, por ello volvió con su esposa a su pueblo natal, donde pide a María ponerse a su servicio y prometen amarse castamente.

---

<sup>16</sup> cfr. Apéndice III.

<sup>17</sup> cfr. III,7,70-83 “Celebra el Altísimo con la Princesa del cielo nuevo desposorio para las bodas de la Encarnación y adórnala para ellas”.

San José no parece tener hacienda, sin embargo la Virgen María lleva consigo la dote de sus padres. Como signo de su disposición ambos deciden entregar una parte al Templo, otra a los pobres y la última a san José para gobierno de su casa. Él ejerce el oficio de carpintero, para asemejarse a los pobres. San José observa en María “una refulgencia o rayos de divina luz que despedía de su rostro nuestra Reina, junto con una majestad inefable que siempre la acompañaba, con tanto mayor causa que a Moisés cuando bajó del monte<sup>18</sup> cuanto había sido más íntimo el trato y conversación con Dios”. (II,22,766)

Nuestra autora alaba a san José pidiéndole su favor en virtud del “Acordaos” oracional: “Acordaos de nuestra pobreza y miseria, y de mí el más vil gusano de la tierra, que deseo ser vuestra devota y beneficiada y favorecida de vuestra poderosa intercesión”. (II,22,769<sup>19</sup>)

Este es un capítulo no sólo de alabanza sino también teológico in extremis, al que es importante hacer un repaso de sus afirmaciones. Comienza mostrando como el mismo Dios se muestra legalmente ante los hombres como el único hijo de San José: “De dónde, oh varón de Dios, os vino tanta felicidad y dicha, que entre los hijos de Adán solo de vos se dijese que el mismo Dios era vuestro, y tan sólo vuestro que se tuviese y reputase por vuestro único hijo?” E introduce a san José en el misterio de la Trinidad gracias a la mediación de la Virgen María, ya que es entregada a José la Hija del Padre, la Madre del Hijo, y hace las veces de esposo de la Esposa del Espíritu Santo: “El eterno Padre os da su Hija, y el Hijo os da su verdadera y real Madre, el Espíritu Santo os entrega y fía su Esposa y da sus veces, y toda la beatísima Trinidad a su electa, única y escogida como el sol, os la concede y entrega por vuestra legítima mujer”.

Todo ello hasta el punto de decir que “Dios era suyo”. Se admira del misterio de su matrimonio, “¿Conocéis, santo mío, vuestra dignidad? ¿Sabéis vuestra excelencia? ¿Entendéis que vuestra Esposa es Reina y Señora del cielo y tierra, y vos depositario de los tesoros inestimables del mismo Dios?”. San José es envidiado o admirado por los mismos ángeles a causa “de vuestra suerte y el sacramento que contiene vuestro matrimonio”, es un testigo de las misericordias de Dios.

### **San José y la Encarnación**

María habiéndose casado, comienza el libro tercero, atendió a “las obligaciones del santo José y en ocasión de conversar más con los prójimos, para que su vida inculpable fuese a todos ejemplar de sumo santidad” (III, 1,1), este periodo dura seis meses y diecisiete días<sup>20</sup>.

**ANUNCIACIÓN** La Anunciación es precedida con una preparación de la Virgen María antes de su asentimiento a la Encarnación. Consiste en nueve días, una novena. Los primeros siete los pone en correspondencia con los días de la Creación, “en todos estos misterios con admirable consonancia” (III,6,66). María de Ágreda hace corresponder algunos pasajes de la historia de la salvación como tipo de la elección de san José; el sexto día de la creación del hombre y la mujer sucede que María, como en la tentación de Eva o de Ester, aparece como la triunfadora “vestida de sol”, habiendo luchado largamente con el dragón: “infundió el Altísimo en el corazón de nuestra Reina en esa visión nuevo aborrecimiento del demonio como le tuvo Ester con Amán [...] y como en lugar de Amán soberbio fue honrado el fidelísimo Mardoqueo, así fue puesto el castísimo y fidelísimo José que cuidaba de la salud de nuestra divina Ester y continuamente la pedía rogase por la libertad de su pueblo – que estas eran las continuas pláticas del santo José y de su esposa purísima – y por ella fue levantado a la grandeza de santidad que alcanzó y a tan excelente dignidad que le dio el supremo Rey el anillo de su sello, para que con él mandase al mismo Dios humanado, que le estaba sujeto, como dice el Evangelio<sup>21</sup>”. (III,6,66)

En el día de la novena que corresponde al séptimo tendrá lugar “el nuevo desposorio para las bodas de la encarnación”, “siendo llevada corporalmente por mano de sus ángeles al cielo empíreo”. (III,7,72) Esta es

---

<sup>18</sup> cfr. Ex 34,29.

<sup>19</sup> El texto en Apéndice I.

<sup>20</sup> Cfr III, 1,3.

<sup>21</sup> Lc 2,51.

una visión no intuitiva, sino abstractiva<sup>22</sup>. Se trata de un desposorio místico pero real, de Dios con el ser humano y se anticipaba a lo que inmediatamente iba a suceder. Estos siete días primeros de preparación corresponden, según la autora con los siete días que Dios hizo el cuerpo virginal de María, al igual que los días de la Creación. Aún conociendo de antemano que el Hijo de Dios iba a encarnarse, sólo con el saludo del ángel conoció “el gran sacramento de piedad”, la Encarnación en su seno y fue cuando se celebraron las bodas de Dios con la humanidad.

VISITACIÓN San José, aún desconociendo el misterio que se celaba en el vientre de María le acompaña en la Visitación. María le pide permiso. (III,16,201) Las narraciones abundan en detalles: el asno le había sido prestado y María, bajándose del mismo, pedía a san José compartir las asperezas del camino y san José rehusaba siempre. En el mismo camino conversaba con su esposa de “las misericordias del Señor, de la venida del Mesías, y de las profecías que de él estaban anunciada [...] Pero como ya la Reina de cielo llevaba en su tálamo virginal el divino fuego del Verbo humanado, sentía el santo José -ignorando la causa- nuevos efectos en su alma por las palabras y conversación de su amada esposa, con quién se reconocía más inflamado en el amor divino y con altísimo conocimiento de estos misterios que hablaban, con una llama interior y nueva luz que le espiritualizaba y le renovaba todo.” (III,16,203). No obstante, san José comienza a entrever algo nuevo en su esposa, pero por su modestia se guardaba de preguntar. María como no había recibido aprobación alguna, según la ciencia de los misterios que han de ser revelados a su debido tiempo y según las disposiciones del Señor, celaba estas cosas<sup>23</sup>; en cambio lo supieron tres mujeres antes que José, María, Ana e Isabel con su hijo<sup>24</sup> y Zacarías después.

San José, a los tres días del inicio de la visitación, vuelve a su casa de Nazaret y deja a su esposa con Isabel. La misma Isabel le hace algunos pequeños regalos para el viaje, y en la ausencia de la esposa, una mujer deuda del pueblo le servía. Ante el tabernáculo divino Isabel adoraba de rodillas y se entretenía en diálogos y consuelos espirituales con María, quien le ayudó en el parto. San José vuelve de nuevo para recoger a su mujer, y en el camino, María piensa que “naturalmente le crecía el vientre y reconocía la discretísima esposa que sería imposible ocultarle muchos días a su castísimo y fidelísimo esposo [...] Con todo esto, en su secreto, la gran Señora pedía a Su Majestad que previniese el corazón del santo esposo con la paciencia y sabiduría que había menester y le asistiese con su gracia, para que en la ocasión que esperaba con beneplácito y agrado de la voluntad divina; porque siempre juzgaba había de recibir gran dolor, viéndola preñada” (III,25,316)

LA DUDA DE SAN JOSÉ Y EL ANUNCIO DEL ÁNGEL La nueva Eva en los nueve meses de la gestación lucha mediante la virtud contra el dragón Lucifer y siete legiones de demonios que personifican la tentación de los siete pecados capitales. En el viaje de vuelta, María, para luchar contra el “dragón” del Apocalipsis<sup>25</sup>, hizo algunos favores celestiales: cerca de Jerusalén quitó los demonios de una mujer que había sido virtuosa, la cual se puso a servir a la esperanzada pareja. Mientras “José se ocupaba de su ordinario trabajo para sustentar a la Reina, y ella no frustraba la esperanza del corazón del santo”. (III,25,319)

Ya en el quinto mes san José comienza a sospechar más firmemente, “había comenzado a tener algún reparo en la disposición y el crecimiento de su vientre virginal[...] Quedó el varón de Dios herido el corazón con una flecha de dolor”. (IV,1,375) Andaba dividido, pero suspendió su juicio y oraba a Dios tener luz, sus pensamientos andaban detrás de su honra y la posibilidad que según la ley judía María sería apedreada, además el comportamiento de su esposa contradecía una posible infidelidad. La misma Virgen no disimulaba, la duplicidad no iba con su persona, aunque el Señor le había mandado “callar el sacramento de su preñado [...] y disimulaba el responderles hasta el tiempo oportuno y conveniente” (IV,1,382)“. Ella,

---

<sup>22</sup> Dice, la autora, (III,8,91).

<sup>23</sup> cfr. III,16,204-205.

<sup>24</sup> cfr. III, 17,226-227.

<sup>25</sup> cap. 11-12.

callando como mujer fuerte, pide al Señor que se lo manifieste cuanto antes. Mientras aumentan los recelos de san José y decide dejar a su esposa y partir como los patriarcas, mientras pide en oración al Señor.

El dolor de san José no le permite descansar, es un dolor de celos que lo tiene desvelado, su dolor excedía al que han padecido los hombres “porque ninguno hizo mayor concepto de su pérdida, ni nadie pudo conocerla ni estimarla como él”; sin embargo sus celos no le llevaron a temeridad y a pasión alguna, le llevaban a aumentar un amor y cuidado más ordenado por su esposa. Transpuesto ligeramente en su oración de vigilia, “envió el Altísimo el santo arcángel Gabriel para que [...] le manifestase por divina revelación el misterio del preñado de su esposa María” (IV,3,399).

La autora se pregunta el porqué de una persuasión solo en sueños, y no despierto, la prudencia y la luz divina que tenía san José le bastaba para confiar; y pese a haber llegado a la turbación dado el estado de preñada que parecía afectar a su Esposa. La autora afirma que la apariencia a la que son sometidos los sentidos podrían haber dado lugar a un engaño en la verdad, era mejor saberlo interiormente, así la ineptitud de los sentidos fueron purificados por la visión y comunicación del ángel<sup>26</sup>. Así como Dios se mostró a los patriarcas en sueños, la autora prosigue: “y después que el Verbo divino se humanó y trató con los hombres, se purificaron los sentidos y se purifican cada día nuestras potencias, quedando santificados por el buen uso de los sacramentos sensibles, con que en algún modo se espiritualizan y se elevan, se desentorpecen y habilitan en sus operaciones para la participación de las influencias divinas. Y este beneficio debemos más que los antiguos a la sangre de Cristo nuestro Señor, en cuya virtud somos santificados por los sacramentos, recibiendo en ellos efectos divinos de gracias especiales y en algunos el carácter espiritual que nos señala y dispone para más altos fines.” (IV,3,401)

La autora además se asegura de que san José recibió el anuncio en sueños, porque “tenía turbada la república de las potencias”, estaba en el conflicto de la tentación y gracias al sueño tenía aquella tranquilidad y paz necesarias. Concluye: “No vio san José al ángel con especies imaginarias, sólo oyó la voz interior y en ella entendió el misterio” (IV,3,402)).

De lo que fue dolor surgió la mudanza en san José: el “inopinado gozo” (IV,4,412), agradeció al Señor y recibió “los fundamentos más profundos de la humildad” y se entretiene en un canto y en diálogo de humildad y admirado con su Esposa al modo del Magnificat<sup>27</sup> (IV,3,403 y ss.) “Y el Señor le miró con benignidad y clemencia, cual a ninguna otra criatura, porque le aceptó y dio título de padre putativo” (IV,4,411).

La autora prosigue trasladando la reflexión a la santidad de nuestros personajes, José llegó a conocer no sólo la unión hipostática en el arca verdadera del vientre de María, sino también el motivo del silencio obediente por parte de la Virgen María ante el misterio que se desveló según los tiempos del Señor y advierte “que todos los dones que había recibido de la mano del Altísimo le habían venido por ella y para ella y los de antes de ser su esposo, por haberlo elegido el Señor para esta dignidad. [...]Y todo lo conoció y correspondió a todo como siervo fidelísimo y agradecido”. (IV, 4, 412)

Prosigue el ángel custodio de san José, que por ruego de la Virgen, pidiendo a san José que acepte el servicio humilde de María sierva en su casa. Presenta además la vida en Nazaret y los diálogos que los dos esposos tenían “en la escuela del cielo que san José tenía en su casa”.

NACIMIENTO Habiendo salido el edicto del emperador Augusto, san José prepara un viaje a Belén que iba a ser penoso. No van a ir solos, María, obediente, va rodeada entre ángeles, como un arca con el tesoro

---

<sup>26</sup> cfr. IV,3,400.

<sup>27</sup> cfr. la humildad de la Virgen y de san José en IV,5 una descripción de la casa de Nazaret y el modo de vida de los dos esposos, la Virgen vive como una claustral: describe sus vestidos, sus pertenencias, sus quehaceres. Continúa María de Ágreda, sabiendo de su exuberancia: “Temo de que soy más atrevida de lo que debo [...] Por la obediencia obro, y por ella me salen al encuentro tantos bienes; ella saldrá a disculparme” (IV,5,425)

del cielo mucho mejor que la tipología del AT cuando el arca cruzaba el mar Rojo<sup>28</sup>. La descripción inspirada en pasajes bíblicos parece un cuadro pictórico: “Hacían nuevos cánticos al Señor, contemplándole sumo Rey de gloria descansando en su reclinatorio de oro (Cant 3,10), y a la divina Madre, ya como carroza incorruptible y viva, ya como espiga fértil de la tierra prometida que encerraba el grano vivo, ya como nave rica del mercader (Prov 3,14), que le llevaba a que naciera en la “casa del pan” (Belén), para que muriendo en la tierra (Jn 12,24) fuese multiplicado en el cielo”. (IV,9,5)

Por fin después de cinco jornadas llegan a Belén donde se registran y pagan el tributo. Fueron rechazados en más de cincuenta posadas y deben pernoctar fuera de la ciudad, en una cueva de pastores junto a los animales. María dice a san José: “conviértanse vuestras lágrimas en gozo con el amor y posesión de la pobreza, que es el tesoro rico e inestimable de mi Hijo santísimo”. (IV,9,463) Limpian y preparan la cueva, es de noche, María despide a san José antes de ir a dormir, una fuerza poderosa del Espíritu Santo arrebatada a san José en un éxtasis que le permite contemplar cuanto sucedería aquella noche<sup>29</sup>; del mismo modo la Virgen es levantada en contemplación, al final de la cual da a luz. José junto a la Virgen fue el primero en adorar de rodillas<sup>30</sup> al “niño Dios en los brazos de su virgen Madre arrimado a su sagrado rostro y pecho”. Los ángeles mientras hacen de embajadores de tan feliz anuncio a Joaquín y Ana, a Isabel y Juan, a Zacarías, Simeón y Ana, a los Reyes Magos y a los pastores. La autora pinta su cuadro sobre san José: “Entre el deseo de recibir al niño Dios y el temor reverencial que tenía al santo esposo, hizo actos heroicos de amor, de fe, de humildad y profunda reverencia [...] y puesto de rodillas, le recibió de las manos de su Madre santísima, derramando dulcísimo y copiosas lágrimas de júbilo y alegría [...] El niño Dios le miró con semblante caricioso y al mismo tiempo le renovó todo en el interior” (IV,12,506) san José hablando del niño decía “nuestro Hijo”, este fue “un favor y un privilegio del santo” pese a no ser su padre natural.

**CIRCUNCISIÓN** A los ocho días ambos hacen circuncidar al niño en la misma cueva. San José y su esposa, según las indicaciones de lo alto, eligieron el nombre de Jesús para el niño. Este misterio fue de sufrimiento al que fue preparada la Virgen María. El mismo san José recogió en un vasito “la sagrada reliquia de la circuncisión del niño Dios para guardarla consigo. Y en el ínterin la advertida Madre previno con paños en que cayese la sangre que se había de comenzar a verter en precio de nuestro rescate, para que ninguna gota se perdiese y cayese entonces en la tierra”. (IV,13,521<sup>31</sup>) La celebración por el sacerdote tenía un sentido especial: “con inmensa caridad ofreció al eterno Padre tres cosas de tanto precio, que cada una era suficiente para la redención de mil mundos. Siendo inocente e Hijo de Dios vivo, la primera, fue admitir forma de pecador, porque se recibía el sacramento que se aplicaba para limpiar del pecado original y se sujetaba a la ley que no debía. La segunda fue el dolor, que le sintió como verdadero y perfecto hombre. La tercera fue el amor ardentísimo con que comenzaba a derramar su sangre en precio del linaje humano; y dio gracias al Padre porque le había dado forma humana en que padecer para su gloria y exaltación” (IV,14,533)

San José piensa en ir a buscar un lugar mejor para el niño en la ciudad. Sin embargo, la Virgen María prefiere el mismo lugar por su humildad y pobreza y por haber sido consagrada por “el Verbo humado con

---

<sup>28</sup> cfr. IV,9,456.

<sup>29</sup> cfr. IV,9,472.485.

<sup>30</sup> cfr. IV, 12,506 y IV,15,546. La adoración tiene semejanzas eucarísticas. La Virgen le adora como un “viril cristalino, y por ella y en ella miraba la unión hipostática y el alma del mismo Dios y todas las operaciones que obraba orando al eterno Padre por el linaje humano [...] En este misterio se me ofreció -dice la autora- lo que dijeron a Holofernes sus capitanes, cuando vieron a la hermosa Judit en los campos de Betulia (Jdt 10,18): *¿Quién despreciará el pueblo de los hebreos y no juzgará por muy acertada la guerra contra ellos, teniendo tan agraciadas mujeres?*”. (IV,15,546)

<sup>31</sup> cfr. también IV,14,534 y IV,15,549: “en esta forma guardó toda la vida la prudente Madre estas reliquias; y después entregó tan preciado tesoro a los apóstoles, y se lo dejó como vinculado en su santa Iglesia” .

los misterios de su nacimiento y circuncisión y con el que esperaba de los Reyes” (I V,15,541), recibe de lo alto el encargo de no moverse. San José ante este aviso, goza y prepara además la presentación próxima del niño en Templo, dado que estaba cerca de Jerusalén, y si fuese necesario, una posible huida o el retorno a Nazaret.

**EPIFANÍA** La autora hace una presentación de la personalidad de los tres Reyes magos ya avisados en el día del Nacimiento y, como en otras ocasiones, la Virgen está prevenida de lo que va a ocurrir, por ello da noticia a san José “no para que se apartase”, y prosigue la autora sugiriendo la presencia de san José en otras ocasiones que los evangelistas no dan cuenta de ello: “Y aunque el texto sagrado del evangelio no lo dice, porque esto no es necesario para el misterio, como tampoco otras cosas que dejaron los evangelistas en silencio, pero es cierto que el santo José estuvo presente cuando los Reyes adoraron al infante Jesús” (IV,16,599); la autora quiere dar a entender con ello que el silencio textual del Evangelio no tiene la intención de sugerir la ausencia de san José para que no confundiesen los Reyes la paternidad del niño haciéndola recaer en José ya que, según María de Ágreda, los Magos ya sabían de la paternidad divina del Hijo por lo cual no le considerarían hijo de José

Después de ser adorado por los Magos en una primera visita durante la tarde, se alojan en el poblado de Belén para descansar y habiendo observado la extrema pobreza de los tres “Jesús, María y José” y “la humildad del lugar donde había querido nacer el Señor de la tierra” les hacen llegar algunos presentes con los que María convida a los pobres. De regreso a su tierra vuelven al día siguiente para ofrecerles los tres dones: oro, incienso y mirra; la Virgen rechaza otras joyas y posesiones como regalo y les entrega algunos paños con los que envolvía al niño para que los llevasen como “reliquias, con las cuales hicieron grandes milagros en sus patrias”. (IV,17,568) Los mismos Reyes vivieron después como discípulos de la “Maestra de santidad”.

**PRESENTACIÓN** La Virgen María consulta, una vez se fueron, a san José sobre el destino de los dones recibidos, determinando que parte quedase para el Templo con motivo de la Presentación, parte para el sacerdote, y parte para los pobres (Cf. IV,18,573) y se trasladan a una casa cercana esperando la fecha. Aprovechando la circunstancia narrada, la autora comenta la importancia de aquella cueva para veneración y la de los santos lugares en Tierra santa y su defensa por las monarquías católicas<sup>32</sup>. Mientras el Niño, desde los primeros días, habla con su madre, san José tiene que esperar un año para oírle. Además los esposos reciben numerosas visitas de gente sencilla: “decíanle algunas veces tantas novelas y cuentos de mujeres en estas materias, que oyéndolas el santo y sencillo esposo José se solía sonreír y admirar de las respuestas llenas de sabiduría” (IV,18,581)

Para cumplir con la ley que decretaba la purificación de la madre y el ofrecimiento de primogénito “como una hostia agradable”, a los cuarenta días, preparan el viaje a Jerusalén. María va a agradecer, aunque sin pecado original, al templo, lugar de oración y de ofrendas. Pide en la cueva de Belén, de rodillas a su esposo, ir al templo y hacer el camino descalza, no permitiéndole José esto último, “partieron del portal, pidiendo la bendición entrambos al niño Dios, y Su Majestad se la dio visiblemente; san José llevaba el jumentillo con la caja de los fajos del divino infante, y con ellos la parte de los dones de los Reyes que reservaron para ofrecer al templo. Con esto se ordenó de Belén a Jerusalén la procesión más solemne que se vio jamás en el templo” (IV,19,589<sup>33</sup>) ya que los acompañaban los diez mil ángeles que asistieron al misterio de la Encarnación. Pasaron en el camino gran frío. Simeón y Ana informados de ello, mandaron al mayordomo del templo acompañarles y hospedarles. San José ofreció los dones recibidos de los Reyes y las dos tórtolas; aunque podría haber comprado con un fin piadoso un cordero, no lo hicieron “porque fuera desproporción del traje humilde de Madre y niño y del esposo” . (IV,19,592) Entre cánticos angélicos es ofrecido el niño, y la Virgen María asiste a una teofanía trinitaria. La voz del Padre dijo: “este es mi amado

---

<sup>32</sup> cfr. IV,19,588.

<sup>33</sup> cfr. IV,19,598.

Hijo, en el cual yo tengo mi agrado”<sup>34</sup>, “ El dichoso entre los varones, san José, siente al mismo tiempo nueva conmoción de suavidad del Espíritu Santo, que le llena de gozo y luz divina.

Es digno de hacer notar como María de Ágreda introduce en esta teofanía al Espíritu Santo junto a san José. María, ante las palabras del anciano Simeón, siente que un cuchillo le atraviesa, y el niño baja la cabeza, aceptando en obediencia interior la profecía. “El santo esposo José, cuando oyó estas profecías, entendió también mucho de los misterios de la redención y trabajos del dulcísimo Jesús, pero no se los manifestó el Señor tan copiosa y expresamente como los conoció y penetró su divina esposa, porque había diferentes razones y el santo no lo había de ver todo en su vida”. (IV,20,601) Permanecieron nueve días junto al templo acudiendo a la oración común.

**FUGA EN EGIPTO** Aunque la madre ya lo sabía, le fue mandado por voz del ángel a san José en sueños huir a Egipto. El niño lloró y dio la bendición a los esposos, y salieron de noche con el burrito. María quiere desviarse para ir a la cueva de Belén y para visitar a su prima Isabel camino de Hebrón. Los ángeles y san José la disuaden. María, como Reina de los ángeles, manda aviso a Isabel de que dificultad recaería sobre ella y su hijo Juan, e Isabel le manda regalos con un criado en agradecimiento.

En Gaza reposan dos días, primera parada camino de Egipto, por estar algo cansado san José y el burrito. Allí reparten limosnas y la Virgen hace milagros a gente necesitada del lugar: “El dichoso José atendía muchas veces a estos misterios tan divinos y de ellos tenía alguna luz con que aliviaba el cansancio del camino”. Algunas veces adoraba al niño o lo sostenía en brazos, “con estos consuelos entretenía dulcemente el gran Patriarca las molestias del camino y su divina esposa le alentaba” (IV,23,627). Atravesaron el desierto de Bersabé, donde sufrieron muchas penalidades, como el hambre y el temporal. María intercede y el Señor les provee con sus ángeles un maná superior al del Éxodo. Con ello “el santo José se recostó en la tierra, la cabeza sobre la arquilla de las mantillas y ropa que llevaban”. (IV,23,631) Los desterrados al fin llegaron a Heliópolis, actualmente El Cairo.

En aquella tierra dominada por la idolatría y la superstición, no sólo ésta desapareció por gracia del sol de justicia, Cristo, en brazos de su madre, poco después de nacer, sino que también apenas llegados, el niño, levantada su mirada al Padre, oraba por aquellas gentes, causando la caída de ídolos, templos y altares. Los habitantes locales,- les llama gitanos-, acudían a las enseñanzas de María, que vence al demonio y también hace milagros en virtud de su hijo. Incluso al tercer año de estancia, san José les ayudaba en esto<sup>35</sup>. Allí tomaron domicilio, teniendo san José que salir a mendigar al principio, hasta que comenzó a trabajar<sup>36</sup>. María de Ágreda describe la casa, los cuidados de María y su oración y los dones que recibía José cuando cuidaba al niño y le hacía caricias.

Mientras Herodes perseguía y mataba en Belén y los alrededores, Isabel ya viuda huyó al desierto, donde falleció, dejando allí al niño Juan. Al cabo de un año, el niño Jesús comienza a hablar a san José. “Estaba en los brazos de su Madre, haciendo de ellos la primera cátedra de maestro, habló a san José en voz inteligible”. San José “púsose de rodillas a los pies del niño Dios con humildad profundísima y le dio gracias porque la primera palabra que le había oído pronunciar fue llamarle *Padre* [...] Pero aunque san José no era padre natural del niño Dios, sino putativo, el amor que le tenía excedía sin medida a todo los que los padres naturales han amado a sus hijos [...] y por este amor [...] de ser padre putativo del infante Jesús, se ha de medir el júbilo de su alma purísima oyéndose llamar padre del Hijo del mismo Dios y eterno Padre” (IV,28,682)

El niño creció y al cumplir el año de su nacimiento celebró el aniversario con el gesto de postrarse en cruz. La Virgen consulta a su hijo sobre el vestido que va a llevar, obedece y teje una túnica “misteriosamente inconsútil”, entre morada y plateada (tejido fraileSCO) y un par de alpargatas. Estos vestidos los llevaría toda su vida - la autora lo describe con profusión. El niño comienza a andar para felicidad de sus padres, y su comida es frugal. El niño empieza a rezar en el oratorio de su madre, algunas veces poniéndose en cruz o llorando y sudando sangre, otras veces tiene un rostro refulgente. El niño recibía visita de los paisanos y sobre todo de los niños, les enseñaba, e incluso hacía milagros para los más

---

<sup>34</sup> Mt 17,5.

<sup>35</sup> cfr. IV,26,669

<sup>36</sup> cfr. IV,25,655.

desheredados. A los siete años volvieron a Nazaret, avisado san José de que había pasado el peligro de Herodes<sup>37</sup>.

La autora se pregunta porque san José tiene una revelación desconocida por el hijo y la madre, tan superiores en santidad. Responde: “agrada al Señor que todas las cosas se gobiernen por el orden natural y dispuesto por su providencia, y que los inferiores y súbditos” han de obedecer, en este caso a san José “cuyo oficio era el de cabeza” (IV,30,702-703) Con pesar salieron, y en el camino de regreso realizaron similares manifestaciones que en la ida. Volvieron y para evitar a Arquelao, el nuevo rey de Judea, y temiendo su crueldad, dieron un rodeo por la costa del mar Mediterráneo hasta Nazaret.

### **La Vida en Nazaret**

Ya en el pueblo de origen, María se ocupa del claustro de su casa y “el santo José dispuso también lo que tocaba a sus ocupaciones y oficio, para granjear con su trabajo el sustento del niño Dios y de la Madre y de sí mismo. Tanta fue la felicidad de este glorioso Patriarca, que si en los demás hijos de Adán fue castigo y pena condenarlos al trabajo de sus manos y al sudor de su cara<sup>38</sup> para alimentar con él la vida natural, en san José fue bendición, beneficio y consuelo sin igual elegirle para que su trabajo y sudor alimentase al mismo Dios y a su Madre, de quienes es el cielo y tierra y cuanto en ellos se contiene”. (IV,30,708) La Virgen se lo agradecía.

María se hace en Nazaret “primera discípula y primogénita de la nueva ley de la gracia”. El niño “le manifestó todos los misterios de la ley evangélica y la nueva ley de gracia[...] para que Hijo y Madre fuesen las dos tablas verdaderas de la nueva ley que venía a enseñar el mundo” (V,1,714). Por ello guardó silencio hasta que los hechos se verificaron en la vida pública del Hijo. El joven Jesús trabajaba con su padre, “obedecía a su Madre en todo y asistía muchos ratos con san José en su trabajo corporal, en que el santo era continuo, para sustentar con el sudor de su cara la Hijo del eterno Padre y a su Madre. Y cuando el infante fue creciendo ayudaba algunas veces a san José en lo que era posible a su edad, y otras veces hacía algunos milagros, sin atención a las fuerzas naturales, para que el santo esposo se alentase y se le facilitase más el trabajo, porque en esta materia eran aquellas maravillas entre los tres a solas” (V,2,735)

### **Jesús en el templo**

Existía la costumbre que los varones fueran tres veces al año a Jerusalén. Determinó la familia que José fuese sólo, excepto en una de las ocasiones anuales en que iban juntos. Al principio, naturalmente, el niño se cansaba, como hombre pasible que era. Sin embargo, eran acompañados como en procesión por diez mil ángeles. A los doce años proceden de la misma manera. Durante la fiesta de los Ázimos que duraba una semana, y ya el último día de regreso, cada uno de los padres, por separado, pensaba que el niño había ido con el otro. Pero lo cierto es que al encontrarse en el camino, el niño no estaba<sup>39</sup>. Los ángeles no quisieron confesar a la Madre el lugar donde se hallaba. Ella llegó a temer que Arquelao le hubiera apresado, sin embargo como sabía que su muerte iba a ser posteriormente en la cruz, se sosegaba. Tres días después de infructuosa búsqueda, pensó en ir al desierto, pues pudiera ser que estuviera con Juan. Recorrieron las calles de Jerusalén y María preguntaba: “Mi querido es blanco y colorado, escogido entre millares” (Cf. Cant 3.2.5.8). Algunas vecinas decían que lo habían visto pidiendo en las puertas, por eso se dirigieron al hospital de la ciudad creyendo que “allí se hallaría entre los pobres al Esposo y Príncipe de la pobreza” (V.4.753). Preguntaron por él y les contestaron afirmativamente: allí le habían visto entregando limosnas. La Madre adivinó en su interior que si allí no se encontraba, entre los pobres, se hallaría en el Templo, en la casa de Dios y de oración. Los ángeles se lo confirmaron y también a José, que lo buscaba por otros caminos.

Jesús, de hecho, ofreció dádivas a los pobres y más tarde se entretuvo con los rabinos en el templo, que le preguntaban sobre la venida del Mesías, ya que ellos últimamente habían oído rumores sobre el nacimiento de Juan el Bautista y de la llegada de los Reyes Magos y por ello crecía la opinión de que se aceleraba la venida del Mesías. Había opiniones para todo. Algunos lo negaban y presentaban pruebas de la Escritura. Comenta la autora: “con la grosería que dijo el Apóstol: mata la letra entendida sin espíritu<sup>40</sup>”. Jesús entró en el debate presentando con gran poder los dichos de las Escrituras que mostraban la venida del Mesías, y por otra parte refiriéndose a Isaías y a Jeremías que revelaban como sería saciado de oprobios y le

---

<sup>37</sup> cfr. IV,30,702 y Mt 2,19.

<sup>38</sup> Gen 3,17-19

<sup>39</sup> Lc 2,44

<sup>40</sup> cfr. 2 Cor 3,6

perseguirían para borrar su nombre de la tierra<sup>41</sup>. Ante la duda, Jesús les ofreció una solución: que el Mesías llegaría dos veces: la primera como maestro ejemplar para vencer al demonio, y la segunda como juez, y que el Reino sería en clave espiritual, no material. Recordándose, incorporó algunas pruebas a su tesis: la noticia de un nacimiento en Belén, la visita de unos reyes y la persecución de Herodes contra los niños. Mientras se admiraban los doctores de su ciencia, llegaron los padres, a los que respondió como concreta el evangelio de Lucas<sup>42</sup> y estuvo a partir de aquel momento sujeto a sus padres.

### **La despedida de San José**

Cuando Jesús cumplió los dieciocho años, María llegó a los treinta y tres, la edad perfecta y juvenil que prolongó extraordinariamente hasta los setenta años cuando murió. No así san José, del que explica María de Ágreda: “aunque no era muy viejo [...] estaba ya muy quebrantado en las fuerzas del cuerpo, porque los cuidados y peregrinaciones y continuo trabajo que había tenido para sustentar a su esposa y al Señor, que le quería adelantar en el ejercicio de la paciencia y otras virtudes, dio lugar a que padeciese algunas enfermedades y dolores” (V,13,857). María, conociendo este estado de cosas, habla con él y le pide que se jubile del trabajo y le dice que ella trabajará. San José aceptó estos ruegos, y vendidos sus instrumentos de trabajo, se dedica a la contemplación, siendo bienaventurado. Su esposa y el Hijo le consuelan y le asisten en sus enfermedades, que José aceptaba con humildad. La virgen comenzó a trabajar “hilando y tejiendo lino y lana” (V,13,859) para sustento de la familia. Si María y el joven Jesús comían solo pescado, fruta y “yerbas”, a san José le suministraban también carne; si el trabajo no bastaba para las necesidades de la familia y de los cuidados especiales de José, Jesús ejercía, en secreto para los ajenos, el poder de la multiplicación de los pocos bienes que tenían.

San José tuvo al final de sus días dolores y calenturas “que le resultaba de la fuerza del amor ardentísimo, porque era tan vehemente que muchas veces tenía unos vultos y éxtasis tan impetuosos y fuertes, que su espíritu purísimo rompiera las cadenas del cuerpo” (V,14,866). La Virgen acudía a san José preparándole comidas especiales y velándole día y noche en los tres últimos años de su enfermedad. Se nos narra: “jamás hubo otro enfermo ni lo habrá tan bien servido, regalado y asistido. Tanta fue la dicha y méritos del varón de Dios José, porque él solo mereció tener por esposa a la misma que fue Esposa del Espíritu Santo” (V,14,888). En los momentos de mayor postración, María pedía para él consuelos a su Hijo y la dulzura de los cantos a los ángeles.

Después de ocho años de enfermedad y sabiendo de la hora cercana que su muerte y como fuese preciosa a los ojos de Dios, de la misma manera que había sido virtuoso y trabajador, el mismo Jesús le respondía que habría de reservarle un lugar “entre los príncipes de mi pueblo”. Un día antes de morir “tuvo un éxtasis altísimo que le duró veinte cuatro horas, viendo lo que por la fe había creído, los misterios de la vida del Señor y de la Iglesia. La beatísima Trinidad le señaló por precursor de la Resurrección de Cristo para los santos padres y profetas del limbo, y le mandó que les evangelizase de nuevo su redención y los previniese para esperar la llegada y visita que les haría el mismo Señor para sacarlos de aquel seno de Abrahám a la eterna felicidad y descanso” (V,15,875) Vuelto José del rapto, pidió la bendición a su esposa y a su hijo. La Virgen a su vez de rodillas, le pidió su bendición como esposo y cabeza de familia. Pidió san José perdón a su esposa e hizo ademán para arrodillarse ante su hijo, que lo recogió en sus brazos, y reclinado su cabeza en ellos pronunció una oración dando gracias por la misión para la que había sido elegido. El hijo y “Redentor del mundo” le dio la bendición “y en sus brazos expiró el santo y felicísimo José, y Su Majestad le cerró los ojos” (V,15,877).

Su esposa en su duelo preparó su cuerpo para la sepultura con sus manos, su cuerpo desprendía una suave fragancia y fue llevado a una sepultura común, “en todas estas ocasiones y acciones guardó la prudentísima Reina su inmutable compostura y gravedad sin mudar el semblante con ademanes livianos y femeniles”. (V,15,879)

San José tenía sesenta años y algunos días, ya que se desposó con María a los treinta y tres, viviendo con ella veintisiete y poco más. Si a los catorce se desposó con José, la Virgen tenía cuarenta y dos años y medio. El balance de la vida de José fue “el de digno esposo y amparo de la que se elegía por Madre”

---

<sup>41</sup> cfr. V,5,763

<sup>42</sup> 2,48-49

(V,16,887) elegido por Dios por ser el mejor que tenía en la Tierra habiéndole preparado para ser idóneo a su misión. A continuación nuestra autora traza una semblanza de san José (Cfr. Apéndice III)

### **Presencia Celestial de san José**

María de Ágreda introduce la figura de san José en diversos momentos o “sacramentos” del resto de la vida de María y de la actividad pública del Señor, en especial en los momentos de tránsito como la Resurrección, la Ascensión, la Asunción y la Coronación de la Virgen María, y en las fiestas o aniversarios que María y Jesús celebraban.

**RESURRECCIÓN** San José no aparece junto a Jesús en la pasión de Jesucristo y en la crucifixión. Resucitado, Jesús va al limbo de los justos para redimirlos, prometiéndoles la resurrección universal, uniendo el espíritu y la carne de los cuerpos. La autora se atreve a sugerir que anticipó la resurrección apoyándose en Mateo 7,52-53: “La tierra tembló, las rocas se partieron, los sepulcros se abrieron y resucitaron varias personas santas que habían llegado ya al descanso. Éstas salieron de las sepulturas después de la resurrección de Jesús, fueron a la Ciudad Santa y se aparecieron a mucha gente”. En la Mística ciudad de Dios se sugiere su reparación, presentándolos como transfigurados en cuerpos gloriosos: “Y en prendas de esta promesa y como en rehenes de la resurrección universal [...] al punto se ejecutó este divino imperio y resucitaron los cuerpos que anticipando el misterio refiere Mateo. Y entre ellos fueron santa Ana, santa Isabel y san José, y otros de los antiguos padres y patriarcas que fueron señalados en la fe y esperanza de la encarnación” (VI,26,1468).

**ASCENSIÓN** Asimismo, con motivo de la Ascensión, salieron al encuentro del Señor los santos y llevó consigo a María para darle la posesión de su lugar en la gloria como en un raptó, a la manera de san Pablo (2 Cor 12,2). Era necesario que María precediese anticipadamente a todos los santos. La autora lo explica de la siguiente manera: “y así como era conveniente que en esta gloria no se apartasen Hijo y Madre, también lo era que ningún otro del linaje humano en cuerpo y alma llegase primero a la posesión de aquella eterna felicidad que María santísima, aunque fueran su padre y su madre y su esposo José y los demás” (VI,29,1517).

**MARÍA CELEBRA LA FIESTA DE SAN JOSÉ** María, como Reina y Señora, tiene presentes los ritos que iba a tener la Iglesia en el año litúrgico. Conocía de antemano “todos los ritos, ceremonias, determinaciones y festividades que en la sucesión de los tiempos ordenaría la Iglesia” (VIII,12,612). Comenzó el culto a los santos para animar con su ejemplo a los cristianos. Por ello, empezó a celebrar las principales festividades del rito romano: las solemnidades del Señor, los aniversarios de su propia vida y de los santos. Junto a ella en estas prácticas bajaban el Señor, los ángeles, los patriarcas y los profetas, y especialmente san Joaquín, santa Ana y san José<sup>43</sup>. En la fiesta de san José (19 de marzo) celebraba su compromiso con quien el Señor le puso a su lado “por compañía fidelísima, para ocultar los misterios de la encarnación del Verbo y para ejecutar con tan alta sabiduría los secretos y obras de la redención humana” (VIII,13,634). San José descendía en esta fiesta acompañado por los ángeles que con su música y cánticos agradecían a ambos esposos los dones recibidos de Dios. María gozaba conversando con José y le pedía que alabase a Dios en su nombre -“Encomendábale también las necesidades de la Iglesia santa y de los apóstoles”- y antes de irse le solicitaba su bendición.

**DESPEDIDA DE MARÍA** María fallece de amor y, dada su condición paradisiaca, sin más enfermedad, rodeada por los apóstoles y acompañada de su Hijo, da sus últimas voluntades y asciende en tránsito al cielo. Le fue dada sepultura en el valle de Josafat, no sin antes ungirle y ser envuelta con una sábana santa y un sudario como sucedió con su Hijo. Fue llevada por los apóstoles como el arca de la Alianza en el Antiguo Testamento. Asistieron a las exequias y entierro muchos vecinos de Jerusalén y también la corte celestial, entre ellos los padres de la virgen y san José<sup>44</sup>. En el entierro se produjeron milagros y conversiones entre los asistentes. Los apóstoles los catequizaron después.

**ASUNCIÓN** Al tercer día, un quince de agosto, llegó su Hijo y levantó su cuerpo al cielo con una procesión “en la región del aire”. Jesucristo, recibiendo, le dijo: “mi Madre fue concebida sine mácula de pecado de su virginal sustancia purísima y sine mácula me vistiese la humanidad en que vine al mundo y le redimí del pecado. Mi carne es carne suya, y ella cooperó conmigo en las obras de la redención, y así debo

---

<sup>43</sup> cfr. VIII,12,618

<sup>44</sup> cfr. VIII,20,752.

resucitarla como yo resucité a los muertos” (VIII,21,766) Comenta la autora: “y en este comercio tan misterioso y divino cada uno hizo lo que pudo, porque María engendró a Cristo asimilado a si misma en cuanto fue posible, y Cristo la resultó a ella, comunicándoles de su gloria cuanto ella pudo recibir en la esfera de pura criatura” (VIII,21,767) Los santos de la antigua alianza le agradecieron, desde Adán y Eva hasta los padres de María y el mismo san José: “como quien tenía particulares títulos y razones para engrandecer al Señor en aquella maravilla de su omnipotencia” (VIII,21,766).

**CORONACIÓN** Posteriormente la Virgen fue coronada como Reina y Señora de todo lo creado por su Hijo. Fue colocada en el “trono de la Trinidad”, expresión extraña, que la autora explica<sup>45</sup>: Dios siendo espíritu, sin cuerpo e infinito, no tiene necesidad de trono ya que lo abarca todo. En cambio, el ser humano es un espíritu localizado. María está en lo más alto en un trono junto a su hijo, es “epílogo de las maravillas” de la Trinidad. María es presentada como Reina y Señora de la Creación con capacidad y poder sobre los elementos naturales, las criaturas, la Iglesia y los reinos católicos. Ya que fue elegida entre todas las criaturas en su humildad como hija, a ella “le pertenecen todas las criaturas” creadas por el hijo y según él mismo; igualmente por ser esposa del Espíritu. Esta dignidad tiene la funcionalidad de ser “Madre, Amparo, Protectora y Abogada” (VIII,22,784) Su indicación diferenciadora o atributos es la de llevar sobre su pecho “un pequeño globo o viril de singular hermosura y resplandor [...] Y esto es como premio y testimonio de haber depositado, como en sagrario divino, en su pecho al Verbo encarnado sacramentado y haberle recibido tan pura, digna y santamente [...] con suma devoción, amor y reverencia” (VIII,22,780). Asisten a esta escena final “los que más la percibieron [...] su esposo castísimo san José, san Joaquín y santa Ana y todos los demás allegados a la Reina, en especial los mil ángeles de la guarda” (VIII,22,779)

No hay barreras entre el cielo y tierra, entre la Trinidad y el hombre, como en un cuadro barroco hay dos espacios muy diferentes que se relacionan: el mundo terrenal y el mundo celestial y en el intermedio pictórico hay subidas y bajadas...

---

<sup>45</sup> cfr. VIII,22,775.

## Textos

### APÉNDICE I

*(Una vez que María se ha desposado con José, y habitando estos en Nazaret, María de Ágreda alaba a san José)*

II,22,769. Pero no puedo antes contener mi afecto en gratificar la buena dicha del más feliz de los nacidos, san José. ¿De dónde, oh varón de Dios, os vino tanta felicidad y dicha, que entre los hijos de Adán sólo de vos se dijese que el mismo Dios era vuestro, y tan sólo vuestro que se tuviese y reputase por vuestro único hijo? El eterno Padre os da su Hija, y el Hijo os da su verdadera y real Madre, el Espíritu Santo os entrega y fía su Esposa y da sus veces, y toda la beatísima Trinidad a su electa, única y escogida como el sol, os la concede y entrega por vuestra legítima mujer. ¿Conocéis, santo mío, vuestra dignidad? ¿Sabéis vuestra excelencia? ¿Entendéis que vuestra esposa es Reina y Señora del cielo y tierra, y vos depositario de los tesoros inestimables del mismo Dios? Atended, varón divino, a vuestro empeño, y sabed que si no tenéis envidiosos a los ángeles y serafines los tenéis admirados y suspensos de vuestra suerte y el sacramento que contiene vuestro matrimonio. Recibid la enhorabuena de tanta felicidad en nombre de todo el linaje humano. Archivo sois del registro de las divinas misericordias, dueño y esposo de la que sólo el mismo Dios es mayor que ella; rico y próspero os hallaréis entre los hombres y entre los mismos ángeles. Acordaos de nuestra pobreza y miseria, y de mí el más vil gusano de la tierra, que deseo ser vuestra fiel devota y beneficiada y favorecida de vuestra poderosa intercesión.

### APÉNDICE II

*(Después de hablar el ángel en sueños, san José llega a conocer el misterio materno de María y el gran proyecto de Dios sobre el pueblo de Israel, el nacimiento del Mesías y:)*

IV,4, *Pide san José perdón a María santísima su esposa, y la divina Señora le consuela con gran prudencia.*

407. Aguardaba el reconocido esposo José que María santísima y esposa suya saliera del recogimiento, y cuando fue hora abrió la puerta del pobre aposento donde habitaba la Madre del Rey celestial y luego el santo esposo se arrojó a sus pies y con profunda humildad y veneración la dijo: Señora y esposa mía, Madre verdadera del eterno Verbo, aquí está vuestro siervo postrado a los pies de vuestra clemencia. Por el mismo Dios y Señor vuestro, que tenéis en vuestro virginal vientre, os pido perdonéis mi atrevimiento. Seguro estoy, Señora, que ninguno de mis pensamientos es oculto a vuestra sabiduría y luz divina. Grande fue mi osadía en intentar dejaros y no ha sido menor la grosería con que hasta ahora os he tratado como a mi inferior, sin haberos servido como a Madre de mi Señor y Dios. Pero también sabéis que lo hice todo con ignorancia, porque no sabía el sacramento del Rey celestial y la grandeza de vuestra dignidad, aunque veneraba en vos otros dones del Altísimo. No atendáis, Señora mía, a las ignorancias de una vil criatura, que ya reconocida ofrece el corazón y la vida a vuestro obsequio y servicio. No me levantaré de vuestros pies, sin saber que estoy en vuestra gracia y perdonado de mi desorden, alcanzada vuestra benevolencia y bendición.

408. Oyendo María santísima las humildes razones de san José su esposo, sintió diversos efectos; porque con gran ternura se alegró en el Señor, de verle capaz de los misterios de la encarnación, que los confesaba y veneraba con tan alta fe y humildad. Pero afligiola un poco la determinación, que vio en el mismo esposo, de tratarla para adelante con el respeto y rendimiento que ofrecía, porque con esta novedad se le representó a la humilde Señora que se le iba de las manos la ocasión de obedecer y humillarse como sierva de su esposo. Y como el que de repente se halla sin alguna joya o tesoro que grandemente estimaba, así María santísima se contristó con aprehender que san José no la trataría como a inferior y sujeta en todo, por haberla conocido Madre del Señor. Levantó de sus pies al santo esposo y ella se puso a los suyos, y aunque procuró impedirle, no pudo, porque en humildad era invencible, y respondiendo a san José, dijo: Yo, señor y esposo mío, soy la que debo pedir os me perdonéis, y vos quien ha de remitir las penas y amarguras que de

mí habéis recibido, y así os lo suplico puesta a vuestros pies, y qué olvidéis vuestros cuidados, pues el Altísimo admitió vuestros deseos y las aflicciones que en ellos padecisteis.

409. Parecióle a la divina Señora consolar a su esposo, y para esto y no para disculparse, añadió y le dijo: Del oculto sacramento que en mí tiene encerrado el brazo del Altísimo, no pudo mi deseo daros noticia alguna por sola mi inclinación, porque como esclava de Su Alteza era justo aguardar su voluntad perfecta y santa. No callé porque no os estimo como a mi señor y esposo; siempre soy y seré fiel sierva vuestra, correspondo a vuestros deseos y afectos santos. Pero lo que con lo íntimo de mi corazón os pido por el Señor que tengo en mis entrañas, es que en vuestra conversación y trato no mudéis el orden y estilo que hasta ahora. No me hizo el Señor Madre suya para ser servida y ser señora en esta vida, sino para ser de todos sierva y de vos esclava, obedeciendo a vuestra voluntad. Este es, señor, mi oficio, y sin él viviré afligida y sin consuelo. Justo es que me le deis, pues así lo ordenó el Altísimo, dándome vuestro amparo y solicitud, para que yo a vuestra sombra esté segura y con vuestra ayuda pueda criar al fruto de mi vientre, a mi Dios y Señor. Con estas razones y otras llenas de suavidad efficacísima consoló y sosegó María santísima a san José y le levantó del suelo para conferir todo lo que era necesario. Y para esto, como la divina Señora no sólo estaba llena de Espíritu Santo, pero tenía consigo, como Madre, al Verbo divino de quien procede con el Padre, obró con especial modo en la ilustración de san José, y recibió el santo gran plenitud de las divinas influencias. Y renovado todo en fervor y espíritu dijo:

410. Bendita sois, Señora, entre todas las mujeres, dichosa y bienaventurada en todas las naciones y generaciones. Sea engrandecido con alabanza eterna el Criador de cielo y tierra, porque de lo supremo de su real trono os miró y eligió para su habitación y en vos sola nos cumplió las antiguas promesas que hizo a nuestros padres y profetas. Todas las generaciones le bendigan, porque con ninguna se magnificó tanto como lo hizo con vuestra humildad, y a mí, el más vil de los vivientes, por su divina dignación me eligió por vuestro siervo. -En estas bendiciones y palabras que habló san José estuvo ilustrado del Espíritu divino, al modo que santa Isabel cuando respondió a la salutación de nuestra Reina y Señora, aunque la luz y ciencia que recibió el santísimo esposo fue admirable, como para su dignidad y ministerio convenía. Y la divina Señora, oyendo las palabras del bendito Santo, respondió también con el cántico de *Magnificat*, que repitiéndolo como lo había dicho a santa Isabel, añadió otros nuevos, y en ellos fue toda inflamada y elevada en un éxtasis altísimo y levantada de la tierra en un globo de refulgente luz que la rodeaba, y toda quedó transformada como con dotes de gloria.

411. Con la vista de tan divino objeto quedó san José admirado y lleno de incomparable júbilo, porque nunca había visto a su benditísima esposa con semejante gloria y eminente excelencia. Y entonces la conoció con gran claridad y plenitud, porque se le manifestó juntamente la integridad y pureza de la Princesa del cielo y el misterio de su dignidad, y vio y conoció en su virginal tálamo a la humanidad santísima del niño Dios y la unión de las dos naturalezas en la persona del Verbo; y con profunda humildad y reverencia le adoró y reconoció por su verdadero Redentor y con heroicos actos de amor se ofreció a Su Majestad. Y el Señor le miró con benignidad y clemencia, cual a ninguna otra criatura, porque le aceptó y dio título de padre putativo, y para corresponder a tan nuevo renombre le dio tanta plenitud de ciencia y dones celestiales como la piedad cristiana puede y debe presumir. Y no me detengo en decir lo mucho que de las excelencias de san José se me ha declarado, porque sería menester alárgame más de lo que pide el intento de esta Historia.

412. Pero si fue argumento de la grandeza del ánimo del glorioso san José y claro indicio de su insigne santidad, no morir o desfallecer con los celos de su amada esposa, de mayor admiración es que no le oprimiese el inopinado gozo que recibió con lo que le sucedió en este desengaño. En lo primero se descubrió su santidad; pero en lo segundo recibió tales aumentos y dones del Señor, que si no le dilatara Dios el corazón ni los pudiera recibir, ni resistir el júbilo de su espíritu, En todo fue renovado y elevado, para tratar dignamente con la que era Madre del mismo Dios y esposa propia suya y para dispensar juntamente con ella lo que era necesario al misterio de la encarnación y crianza del Verbo humanado, como adelante diré. Y para que en todo quedase más capaz y reconociese las obligaciones de servir a su divina esposa, se le dio también noticia que todos los dones y beneficios recibidos de la mano del Altísimo le habían venido por ella y para ella y los de antes de ser su esposo, por haberlo elegido el Señor para esta dignidad, y los que entonces le daban, por haberlos ella granjeado y merecido. Y conoció la incomparable

prudencia con que la gran Señora había procedido con el mismo santo, no sólo en servirle con tan inviolable obediencia y profunda humildad, pero consolándole en su tribulación, solicitándole la gracia y asistencia del Espíritu Santo, disimulando con suma discreción, y después pacificándole, quietándole y disponiéndole para que estuviese apto y capaz de recibir las influencias del divino Espíritu. Y así como la Princesa del cielo había sido el instrumento de la santificación del Bautista y de su madre santa Isabel, lo fue también para la plenitud de gracia que recibió san José con mayor abundancia. Y todo lo conoció y entendió el dichosísimo esposo y correspondió a todo como siervo fidelísimo y agradecido.

413. De estos grandes sacramentos y otros muchos que sucedieron a nuestra Reina y a su esposo san José, no hicieron memoria los sagrados evangelistas, no sólo porque ellos los guardaron en su pecho, sin que la humilde Señora ni san José a nadie los manifestasen, pero también porque no fue necesario introducir estas maravillas en la vida de Cristo nuestro Señor que escribieron, para que con su fe se defendiese la nueva Iglesia y ley de gracia; antes pudiera ser poco conveniente para la gentilidad en su primera conversión. Y la admirable providencia con sus ocultos juicios, secretos inescrutables, reservó estas cosas para sacar de sus tesoros las que son nuevas y son antiguas (Mt 13,52), en el tiempo más oportuno previsto con su divina sabiduría, cuando, fundada ya la Iglesia y asentada la fe católica, se hallasen los fieles necesitados de la intercesión, amparo y protección de su gran Reina y Señora. Y conociendo con nueva luz cuan amorosa madre y poderosa abogada tienen en los cielos con su Hijo santísimo, a quien el Padre tiene dada la potestad de juzgar (Jn 5,22), acudiesen a ella por el remedio como a único refugio y sagrado de los pecadores. Si han llegado estos afligidos tiempos a la Iglesia, díganlo sus lágrimas y tribulaciones, pues nunca fueron mayores que cuando sus mismos hijos, criados a sus pechos, éstos la afligen, la destruyen y disipan los tesoros de la sangre de su Esposo, y esto con mayor crueldad que los más conjurados enemigos. Pues cuando clama la necesidad, cuando da voces la sangre de los hijos derramada y mucho mayores las de la sangre de nuestro pontífice Cristo conculcada y poluta con varios pretextos de justicia, ¿qué hacen los más fieles, los más católicos y constantes hijos de esta afligida Madre? ¿Cómo callan tanto? ¿Cómo no claman a María santísima? ¿Cómo no la invocan y no la obligan? ¿Qué mucho que el remedio tarde, si nos detenemos en buscarle y en conocer a esta Señora por Madre verdadera del mismo Dios? Confieso se encierran magníficos misterios en esta ciudad de Dios (Sal 86,3) y con fe viva y confesión los predicamos. Son tantos, que su mayor noticia queda reservada para después de la general resurrección y los santos los conocerán en el Altísimo. Pero en el ínterin atiendan los corazones píos y fieles a la dignación de esta su amantísima Reina y Señora en desplegar algunos de tantos y tan ocultos sacramentos por un vilísimo instrumento, que en su debilidad y encogimiento sólo pudiera alentarle el mandato y beneplácito de la Madre de piedad intimado repetidas veces.

### APÉNDICE III

*(Con motivo del fallecimiento de san José se narran sus virtudes, los “misterios” que vivió, su desconocimiento por parte de los fieles, la devoción y favores que obtiene)*

V,16

889. Nació el santo varón José perfectísimo y muy hermoso en lo natural y causó en sus padres y allegados extraordinaria alegría, al modo de la que hubo en el nacimiento del Bautista, aunque la causa de ella fue más oculta. Aceleróle el Señor el uso de la razón, dándosele al tercero año muy perfecto, con ciencia infusa y nuevo aumento de la gracia y virtudes. Desde entonces comenzó el niño a conocer a Dios por la fe, y también por el natural discurso y ciencia le conoció como primera causa y autor de todas las cosas, y atendía y percibía altamente todo lo que se hablaba de Dios y de sus obras, y desde aquella edad tuvo muy levantada oración y contemplación y ejercicio admirable de las virtudes que su edad pueril permitía, de manera que cuando a los siete o más años llega a los demás el uso de razón ya san José era varón perfecto en ella y en la santidad. Era blando de condición, caritativo, afable, sencillo y en todo descubría no sólo inclinaciones santas sino angélicas, y creciendo en virtudes y perfección llegó con vida irreprochable a la edad que se desposó con María santísima.

890. Para acrecentarle entonces los dones de la gracia y confirmarle en ellos, intervinieron las peticiones de la divina Señora, porque instantáneamente suplicó al Muy Alto que si le mandaba tomar aquel estado santificase a su esposo José para que se conformase con sus castísimos pensamientos y deseos. Oyóla el Señor y conociéndolo la divina Reina obró Su Majestad con la fuerza de su brazo poderoso copiosamente en el espíritu y potencias del patriarca san José efectos tan divinos, que no se pueden reducir a palabras, porque le infundió perfectísimos hábitos de todas las virtudes y dones. Rectificó de nuevo sus potencias y le llenó de gracia, confirmándole en ella por admirable modo, y en la virtud y dones de la castidad quedó el santo Esposo más levantado que el supremo de los serafines, porque la pureza que ellos tienen sin cuerpo se le concedió a san José en cuerpo terreno y carne mortal, y jamás entró a sus potencias imagen ni especie de cosa impura de la naturaleza animal y sensible. Y con el olvido de todo esto y con una sinceridad columbina y angélica, le dispusieron para estar en la compañía y presencia de la purísima entre todas las criaturas, porque sin este privilegio no fuera idóneo para tan grande dignidad y rara excelencia.

891. En las demás virtudes respectivamente fue admirable y señalado y en especial en la caridad, como quien estaba en la fuente para saciarse de aquella agua viva que salta a la vida eterna (Jn 4,14) o como vecino de la esfera del fuego, siendo materia dispuesta para encenderse en ella sin alguna resistencia. Y el mayor encarecimiento de esta virtud en nuestro enamorado esposo fue lo que dije en el capítulo pasado 4; pues el amor de Dios le enfermó y él mismo fue el instrumento que le cortó el hilo de la vida y él le hizo privilegiado en la muerte, porque las congojas dulces del amor sobreexcedieron y como absorbieron a las de la naturaleza y éstas obraron menos que aquéllas; y como estaba presente el objeto del amor, Cristo Señor nuestro y su Madre, y a entrambos los tenía el santo por más propios que ninguno de los nacidos pudo ni puede tenerlos, era como inexcusable que aquel candidísimo y fidelísimo corazón se resolviera en afectos y efectos de tan peregrina caridad. ¡Bendito sea el autor de tan grandes maravillas y bendito sea el felicísimo de los mortales José, en quien todas se obraron dignamente!, ¡digno es de que todas las generaciones y naciones le conozcan y bendigan, pues con ninguna otra hizo tales cosas el Señor, ni tanto les manifestó su amor!

892. De las visiones y revelaciones divinas con que fue favorecido san José, he dicho algo en todo el discurso de esta Historia, y fueron muchas más que se pueden decir; pero lo más se encierra en haber conocido los misterios de Cristo Señor nuestro y de su Madre santísima y haber vivido en su compañía tantos años, reputado por padre del mismo Señor y verdadero esposo de la Reina. Pero algunos privilegios he entendido, que por su gran santidad le concedió el Altísimo, para los que le invocaren por su intercesor, si dignamente lo hacen. El primero es para alcanzar la virtud de la castidad y vencer los peligros de la sensualidad carnal. El segundo, para alcanzar auxilios poderosos para salir del pecado y volver a la amistad de Dios. El tercero, para alcanzar por su medio la gracia y devoción de María santísima. El cuarto, para conseguir buena muerte y en aquella hora defensa contra el demonio. El quinto, que temiesen los mismos demonios oír el nombre de san José. El sexto, para alcanzar salud corporal y remedio en otros trabajos. El séptimo privilegio, para alcanzar sucesión de hijos en las familias. Estos y otros muchos favores hace Dios a los que debidamente y como conviene le piden por la intercesión del esposo de nuestra Reina san José; y pido yo a todos los fieles hijos de la santa Iglesia que sean muy devotos suyos, y los conocerán por experiencia, si se disponen como conviene para recibirlos y merecerlos.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

893. Hija mía, aunque has escrito que mi esposo José es nobilísimo entre los santos y príncipes de la celestial Jerusalén, pero ni tú puedes ahora manifestar su eminente santidad, ni los mortales pueden conocerla antes de llegar a la vista de la divinidad, donde con admiración y alabanza del mismo Señor se harán capaces de este sacramento; y el día último, cuando todos los hombres sean juzgados, llorarán amargamente los infelices condenados no haber conocido por sus pecados este medio tan poderoso y eficaz para su salvación, ni haberse valido de él como pudieran, para granjear la amistad del justo juez. Y todos los del mundo han ignorado mucho los privilegios y prerrogativas que el altísimo Señor concedió a mi santo esposo y cuánto puede su intercesión con Su Majestad y conmigo, porque te aseguro, carísima, que en presencia de la divina justicia es uno de los grandes privados para detenerla contra los pecadores.

894. Y por la noticia y luz que de este sacramento has recibido, quiero que seas muy agradecida a la dignación del Señor y al favor que en esto hago contigo; y de aquí adelante en lo restante de tu vida procures adelantarte en la devoción y cordial afecto de mi santo esposo y bendecir al Señor porque tan liberal le favoreció y por el gozo que yo tuve de conocerlo. En todas tus necesidades te has de valer de su intercesión y solicitarle muchos devotos, y que tus religiosas se señalen mucho en esto, pues lo que pide mi esposo en el cielo concede el Altísimo en la tierra y a sus peticiones y palabras tiene vinculados grandes y extraordinarios favores para los hombres, si ellos no se hacen indignos de recibirlos. Y todos estos privilegios corresponden a la perfección columbina de este admirable santo y a sus virtudes tan grandiosas, porque la divina clemencia se inclinó a ellas y le miró liberalísimamente, para conceder admirables misericordias para él y para los que se valieren de su intercesión.

Luis Fernández de Eribe Zulueta

Liturgo y filósofo

[l.fernandez@murialdo.net](mailto:l.fernandez@murialdo.net)